

NUESTRAS CALABACERAS

El sufrimiento es parte de la vida. Es la herencia del pecado. No quedó paraíso en la tierra, para el hombre. Quedó trabajo, guerras, enfermedades y sufrimientos. La Biblia nos dice que si sufrimos aquí, reinaremos allí. También nos dice que en el mundo tendremos aflicciones pero que confiemos. Dios nos dice: ¡Yo he vencido al mundo!

¡Nos negamos a sufrir! ¡Nos revelamos ante el dolor! Nuestras caras se transforman en un mapa lleno de señales que indican que sufrimos. Que muchas cosas no nos van bien. Anhelamos como creyentes salir ya de las garras del dolor y abrazar a Dios y decir: ¡Basta ya de sufrimiento! Pero estamos aquí, en la tierra, en el lugar que Dios nos puso. A veces podemos pecar de egoístas, cuando decimos que Dios venga ya, y acabe con todo. Queremos irnos ya al cielo. Esa actitud ya la tenían los primeros cristianos, su saludo era Maranata Cristo viene. Y es normal, los deseos de un hijo de Dios es huir ya de este mundo de sufrimiento e irnos con Él.

Pero pensemos un poquito. Ya somos salvos. Estamos dispuestos a irnos al cielo lo mas pronto posible y si fuera por arrebatamiento sin conocer muerte sería mucho mejor. Y eso es lo que anhelamos.

Pero no sabemos cuando partiremos de esta tierra. Ni cuando Dios vendrá rompiendo los cielos a por su iglesia. Ni aún los ángeles del cielo lo saben. Entonces lo que nos queda es esperar. ¿Pero esperar como? ¿Pensando solo en terminar mi sufrimiento e irme al cielo pronto? ¿Tristes y angustiados? ¿Sin gozo a causa de nuestras vidas muchas de ellas llenas de amarguras? ¿Viviendo en el rincón de nuestras penas? ¿O luchando aún dentro de nuestros

dolores por la prioritaria misión del creyente, la cual es predicar el evangelio a toda criatura y el que creyere y fuere bautizado será salvo? ¿O siendo luces y sal de la tierra?

Si estamos aquí como iglesia y Dios no ha venido por ella es porque tenemos todavía cosas pendientes que hacer. Almas que tienen que ser salvas. Y ese trabajo nos corresponde a nosotros. ¿Sólo queremos el cielo para nosotros? ¿Nos dejaron ya de importar nuestros semejantes? Como decía antes. ¿No puede ser acaso una actitud egoísta de nuestra parte? ¿Le gustará a Dios esta actitud un tanto egoísta de su iglesia? ¡Salvándome yo que más me da que todo se vaya al infierno!

Unos de los principales mandamientos de Dios para con su pueblo fue y sigue siendo: *“Amaras a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”*.

¡Aun sigue existiendo el prójimo! Quizás en una sociedad que perdió sus valores. Donde el prójimo dejó de importar en la mayoría de los casos y cada uno va a lo suyo. Pero en una sociedad existe la iglesia de Dios, y que por lo tanto debemos y tenemos la obligación de mostrarles que ante la pérdida de valores de todo tipo, nosotros somos diferentes. ¡Que tú y yo somos hijos de Dios y testimonio para el hombre!

Dios nos narra la Biblia después de que Jonás predica en Nínive se arrepiente de destruir la ciudad. Jonás mientras tanto espera sentado en el oriente de la ciudad para ver su fin, y Dios prepara una calabacera la cual creció sobre Jonás, para que le hiciese sombra y lo librara de su malestar. Y Jonás se alegró grandemente por la calabacera. Mas al venir la mañana siguiente, Dios preparó un gusano el cual hirió la calabacera y se secó.

Y acaeció que al salir el sol, preparó Dios un recio viento solano; y el sol hirió a Jonás en la cabeza, y se desmayaba y deseaba la muerte, diciendo: Mejor sería para mí la muerte que la vida.

Entonces dijo Dios a Jonás: ¿Tanto te enojas por la calabacera? Y él respondió: Mucho me enojo, hasta la muerte.

Y dijo Jehová: Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste ni tú la hiciste crecer, que en espacio de una noche nació y en espacio de otra noche pereció.

¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales? Jonás cap. 4.

Quizás la iglesia actual no está bajo una calabacera, pero sí estamos cómodos en nuestras casas, en nuestras vidas, en nuestras iglesias. Esperando el final. Teniendo lastima de muchas cosas menos importante que la vida y el alma de los hombres, que aún no se han arrepentido. Pensemos en esta importante reflexión. Que Dios nos toque el corazón, y realmente cumplamos, cada uno de nosotros, para lo que fuimos llamados.

Pablo Salvador